

LONDRES: EL VIEJO EDIFICIO SE TAMBALEA

EL cine inglés está en una situación difícil. O, mejor dicho, parece estar casi en el mismo sitio de siempre. Ese sitio despersonalizado, a «la manera de Hollywood», del que han intentado sacarlo los «jóvenes» más o menos airados que no quieren «la Inglaterra de papá».

Y no es que estos jóvenes no sigan peleando. Lindsay Anderson ha visto a toda la crítica internacional aplaudiendo su última película. Clive Donen ha terminado la versión cinematográfica de «El guardián», de Harold Pinter, con el dinero prestado por una docena de figuras populares e inteligentes, entre las que figuran Liz Taylor y Richard Burton. Ahora mismo, Joan Littlewood, la directora del Whorkshop, anda con Shelag Delaney rodando por las calles un film-documento que parece incidir en las experiencias de Jean Rouch. Peter Brook sigue también trabajando para el cine. Está aquí Losey, que acaba de terminar una película. Prepara otra, Reisz...

Pero todo esto son voces que me recuerdan las que suenan en el desierto cinematográfico español. Nosotros les ganamos en que nuestras voces son más rabiosas. Ellos nos ganan en la posibilidad de mostrar al público, sin más limitaciones que las industriales, la totalidad de la producción internacional. Con la que, para una masa cultivada de ingleses, queda más patente la inferioridad mental del cine que se hace en su país. Y esta conciencia de la propia inferioridad siempre ha sido un buen punto de arranque. Y al decir que aquí se ven todas las películas, no me refiero a que no exista una censura, sino a que prácticamente las películas más interesantes que se ruedan en el mundo no encuentran en dicha censura obstáculo alguno. Quedamos, pues, en que una serie de hombres siguen adelante. Quedamos en que una minoría trabaja en las tres o cuatro películas que rompen la tónica de la producción nacional. Quedamos en que Antonioni, Germi, Buñuel, Resnais, Fellini... ganan aquí batallas importantes.

Pero los supuestos industriales no han cambiado. La distribución está prácticamente en manos de dos grandes firmas —que son también propietarias de extensas cadenas de salas de exhibición— cuyos criterios siguen siendo los mismos. La frecuentación cinematográfica ha bajado en Inglaterra y no quedan márgenes para la experimentación. El director inglés se ve dominado por una economía casera, tal y como ocurre en las películas españolas que deben amortizarse en el mercado nacional.

Afortunadamente, este «statu quo» se tambalea. Sigue gobernando el cine «oficial». El cine de los productores más potentes. Pero quizá pronto las voces del inconformismo alcancen a remover las bases industriales. Esta revolución o renovación va a producirse por una serie de razones que actúan simultáneamente. La primera, origen de las demás, la evolución de la sociedad inglesa, cada vez más obligada a participar en la historia del Continente —la bomba atómica—, ahora ya sin el papel privilegiado. El Mercado Común es también aquí un gran portalón en perspectiva. La problemática va siendo idéntica.

El descenso de asistencia del público a los cines empuja a «cuidar» la comercialidad de los films, pero también permite sospechar que se ha llegado a esta situación porque los criterios de producción no son buenos. Queda el hecho práctico que remueve los cimientos comerciales de la producción, la presencia de las películas italianas, precedidas de gran prestigio y aplaudidas aquí por la crítica y el público. Ahora mismo, en cines de estreno están «8 1/2», «Divorcio a la italiana» y «Los secuestrados de Altona». En otra han pasado, a lo largo de varias semanas, «La aventura», «La noche» y «El eclipse».

Hasta Inglaterra participa de la gran evolución postbomba atómica. Hasta los «políticos» —los gestores de los intereses creados— han tenido que aceptarla en el Tratado de Moscú.

Los ex combatientes de U. S. A. están contra el Tratado. Aquí también hay quien cree que Coward es el mejor autor del mundo y que el cine sólo debe entretener durante un par de horas... Pero Coward se ha quedado en la calle de Serrano. Y ni «West side story» ni «Cleopatra» son películas inglesas.

J. M.

UNA NOTA DE Alegria



Un juego de toallas
TROVADOR ayuda a "hacer
ambiente" y hay muchos
juegos en todos los colores
de gran moda, lisos o de fantasía.

TOALLAS

trovador

PRACTICAS
BONITAS
ELEGANTES

INDUSTRIAS MARTI TORMO, S. A.

